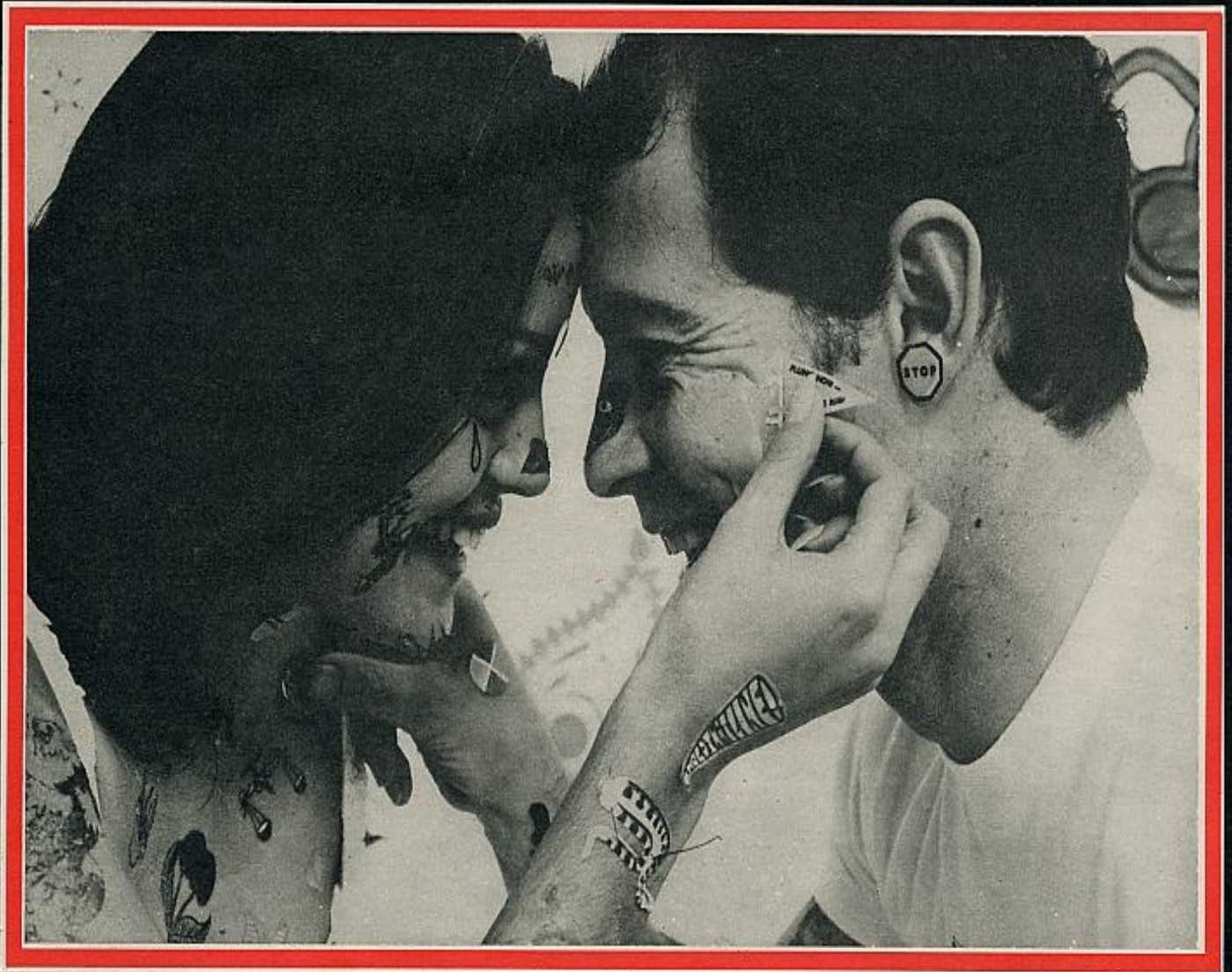


ENTRE EL ADORNO Y EL CONJURO: LA ANTIGÜEDAD SE HACE PRESENTE A TRAVÉS DE ESTOS SIGNOS.



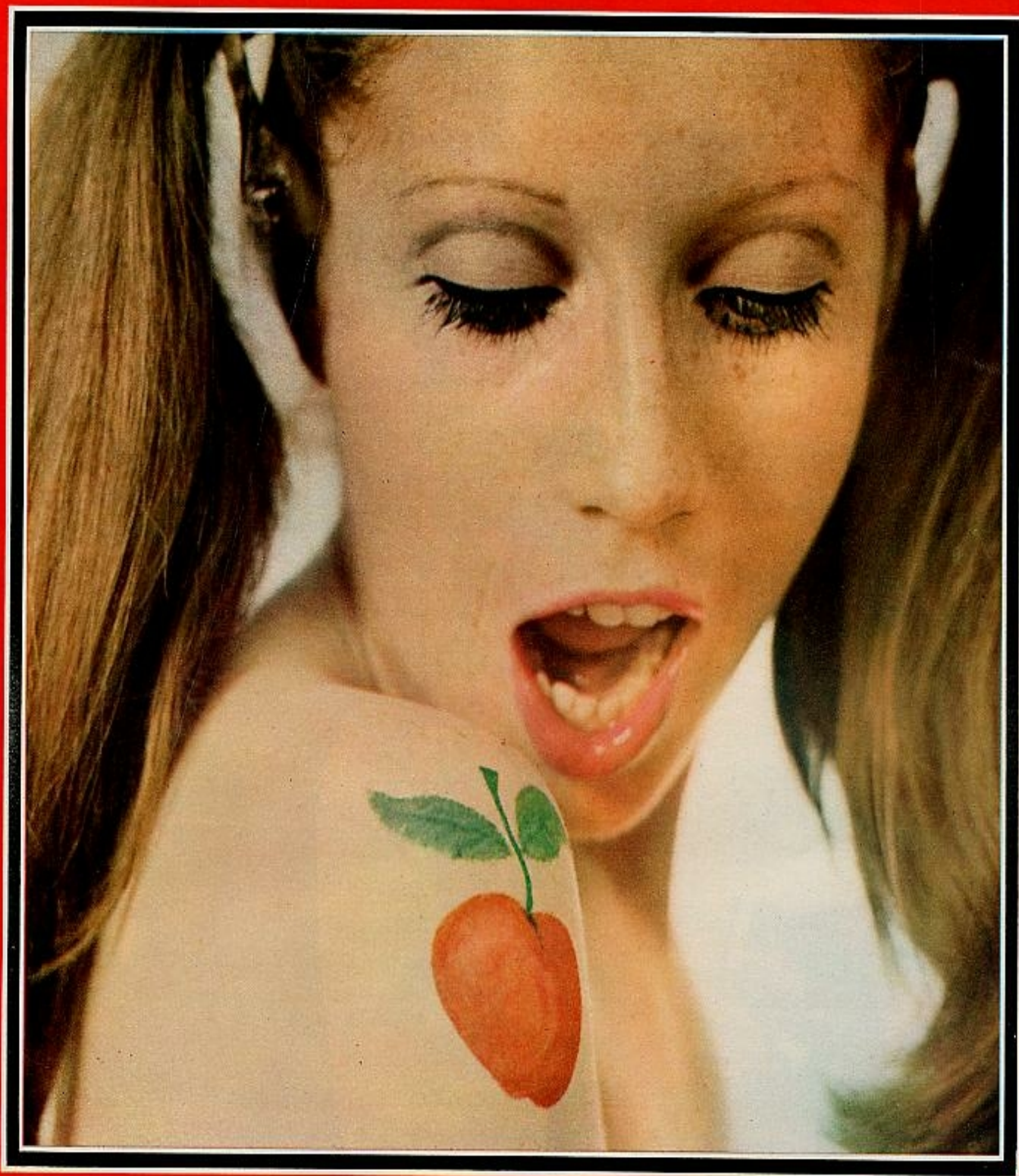


TENIA que suceder: la profusión de signos gráficos de nuestra época tenía que interesarse también por el cuerpo humano. Medida del Universo, según dicen, este cuerpo se ofrece a nuestros ojos sin velos ni tapujos. El cuerpo — tanto del hombre como de la mujer— ha vuelto a recobrar su antigua importancia, su valor por sí mismo y frente a los agentes exteriores. Nunca como en nuestro tiempo —si exceptuamos las antiguas épocas en las que el cuerpo humano podía estar dotado de una calidad mágica— se ha tratado de valorar de tal forma esta envoltura de carne y huesos. La moda —simple reflejo de una evolución de las costumbres—

ha contribuido a liberar al cuerpo de falsos pudores, descubriéndole y permitiendo que estuviera en contacto con el aire gran parte de él.

El cuerpo regresa así a su primera condición: la de desafío a la Naturaleza, a sus leyes y misterios. Quizá en nuestro tiempo esa arrogancia tenga menos significación, ya que los misterios de la Naturaleza van dejando de serlo, pero, en cualquier caso, los psicólogos y antropólogos podrían explicar esa necesidad de regresión inconsciente que experimenta un nudista o, incluso, una chica en minifalda.

Las calles están repletas de signos gráficos,

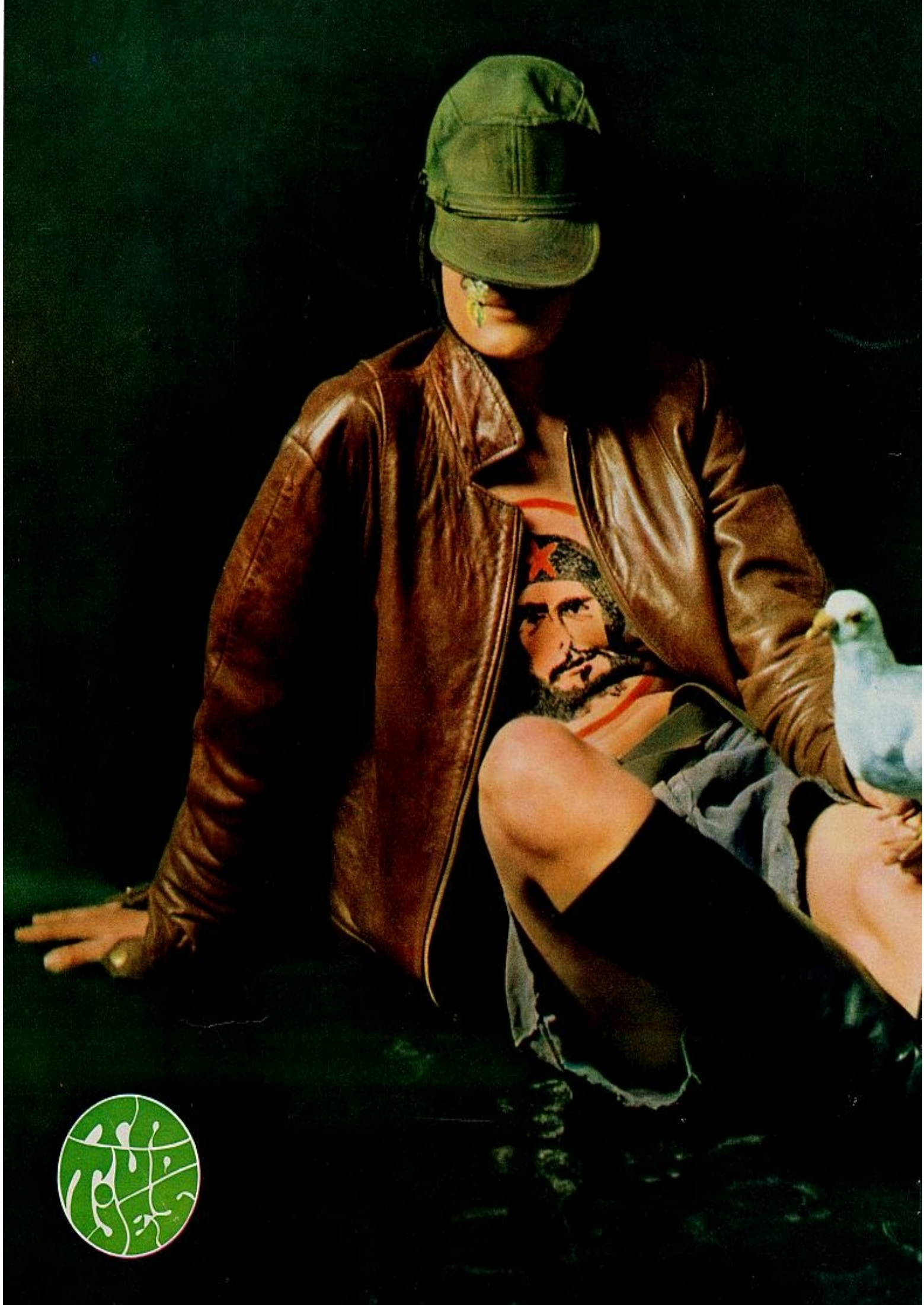


de símbolos de una civilización que hemos dado en llamar de consumo, puesto que éste es el motivo que nos relaciona en última instancia: consumo comercial y económico, consumo afectivo y amoroso. Las calles presentan el espectáculo de los reclamos que nos incitan a adquirir artículos: desde una botella de cerveza hasta un chalet en la Sierra, pasando por un desodorante o incluso un queso en porciones. Parece que no tenemos defensa ante estas sugerencias. Si abrimos el periódico, encontramos los mismos argumentos; si encende-

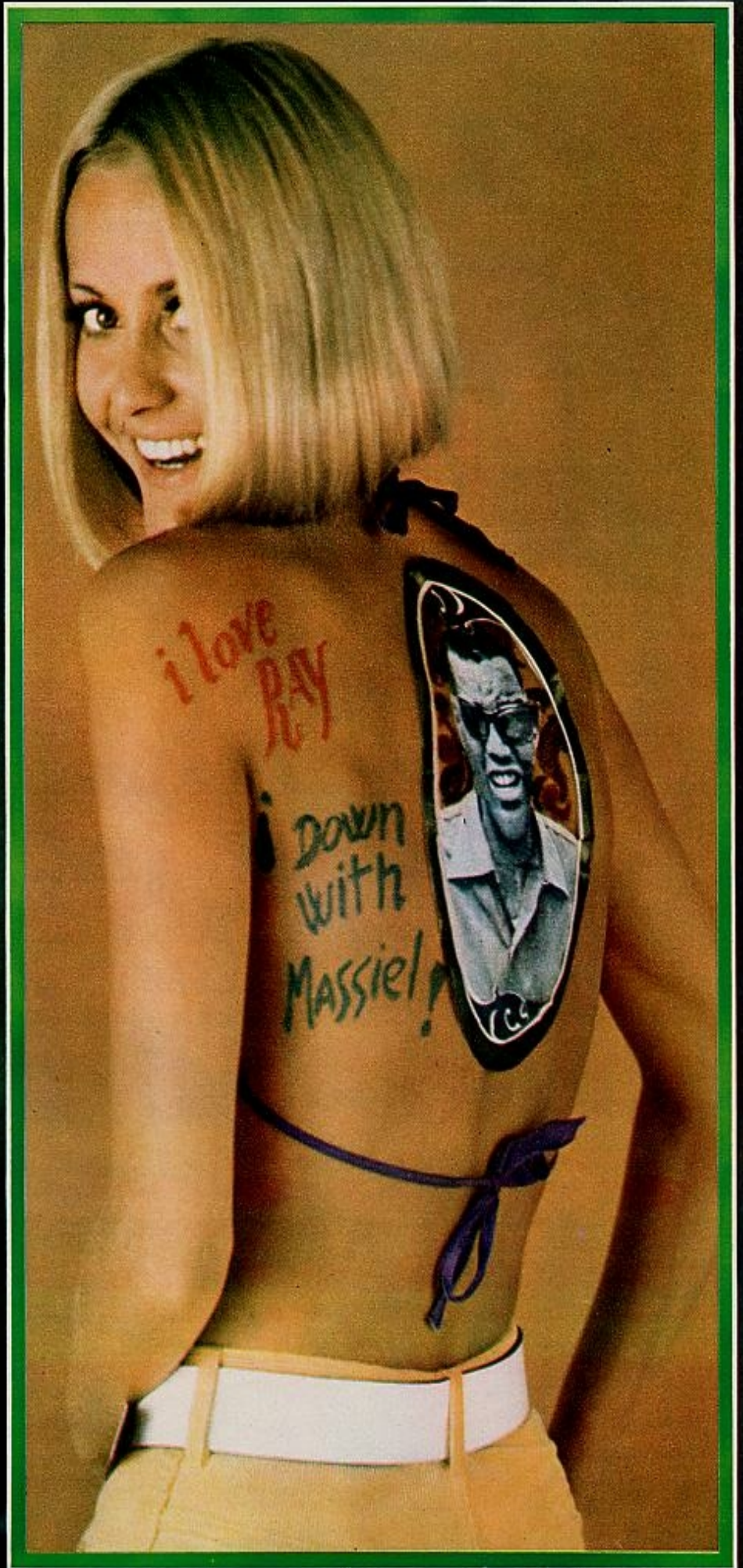
mos la radio, hallamos la misma sollicitación; si conectamos el televisor, tropezamos con las mismas imágenes. Hasta por debajo de la puerta pueden penetrar los signos de esa oferta que nunca ha sido demandada.

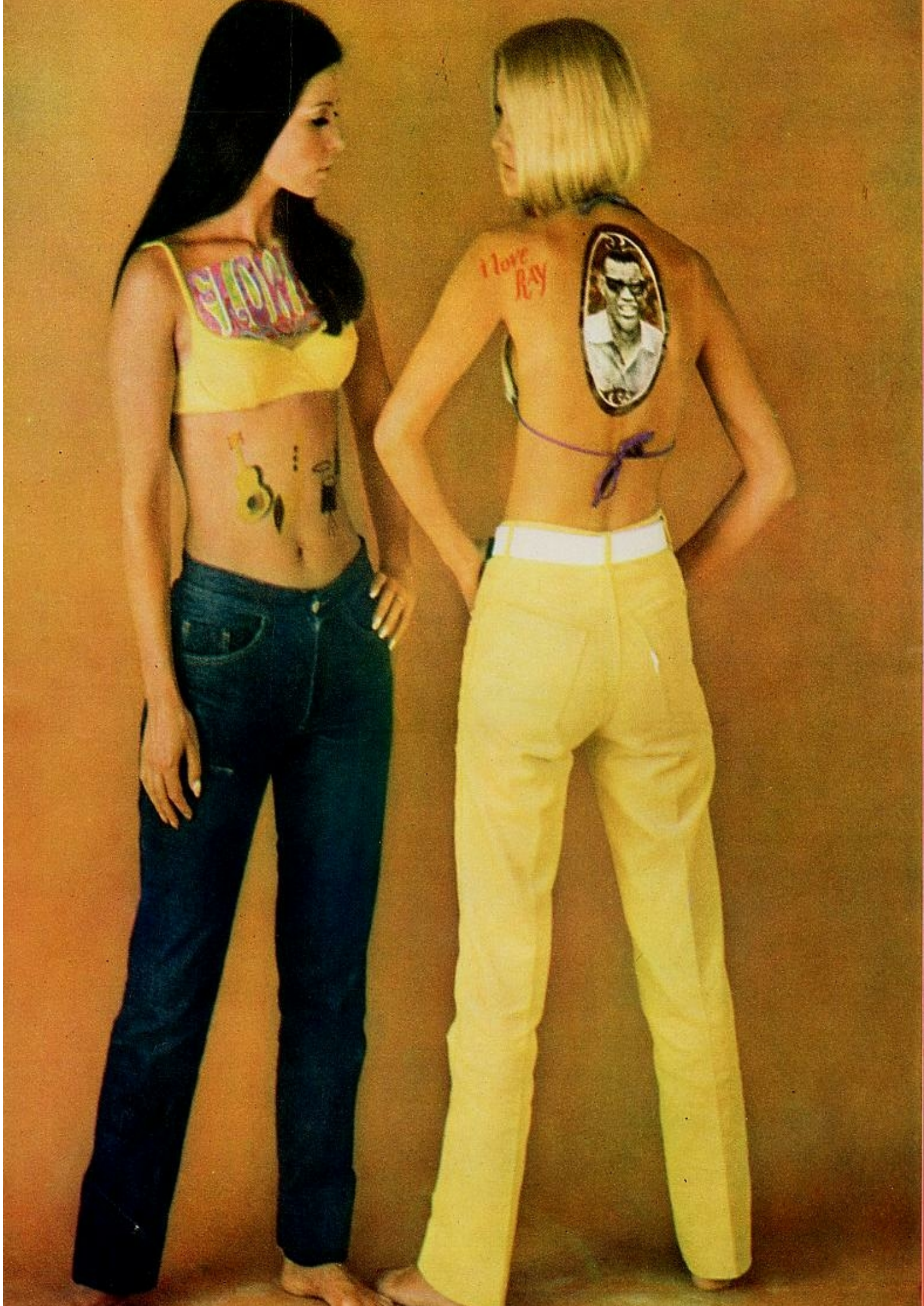
¿Cómo defenderse de este asalto a nuestra intimidad? La civilización de consumo ha estructurado sus reglas de forma que no tengamos posibilidad de defensa a escala colectiva; sólo nos cabe el rechazo individual y aislado: el «no quiero» quejumbroso e inoperante. Frente a ▶



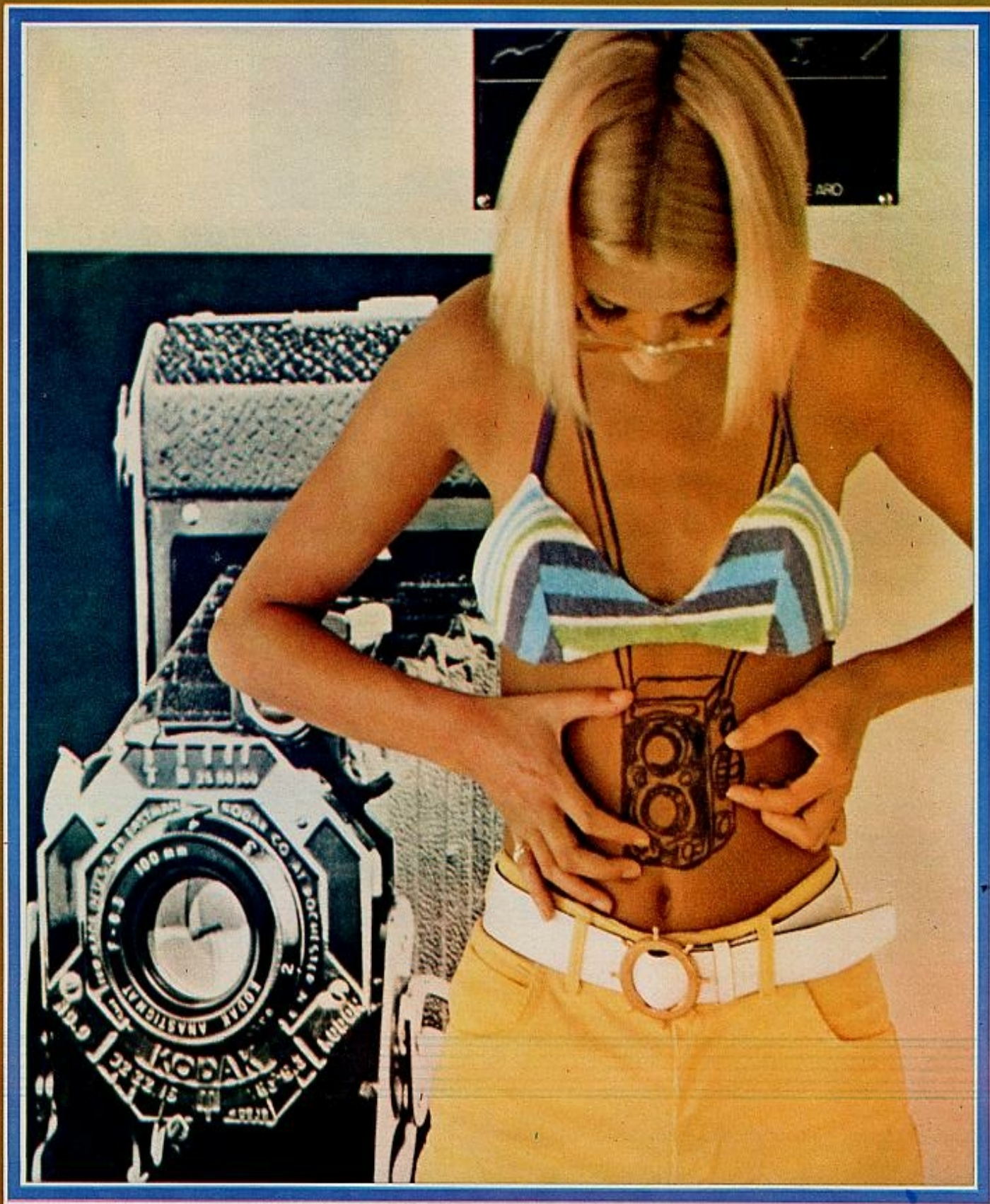


**SIGNOS,
PALABRAS,
INSCRIPCIONES,
IMAGENES
QUE EXPRESAN
UNA OPINION
DE ADMIRACION
O REPULSA**



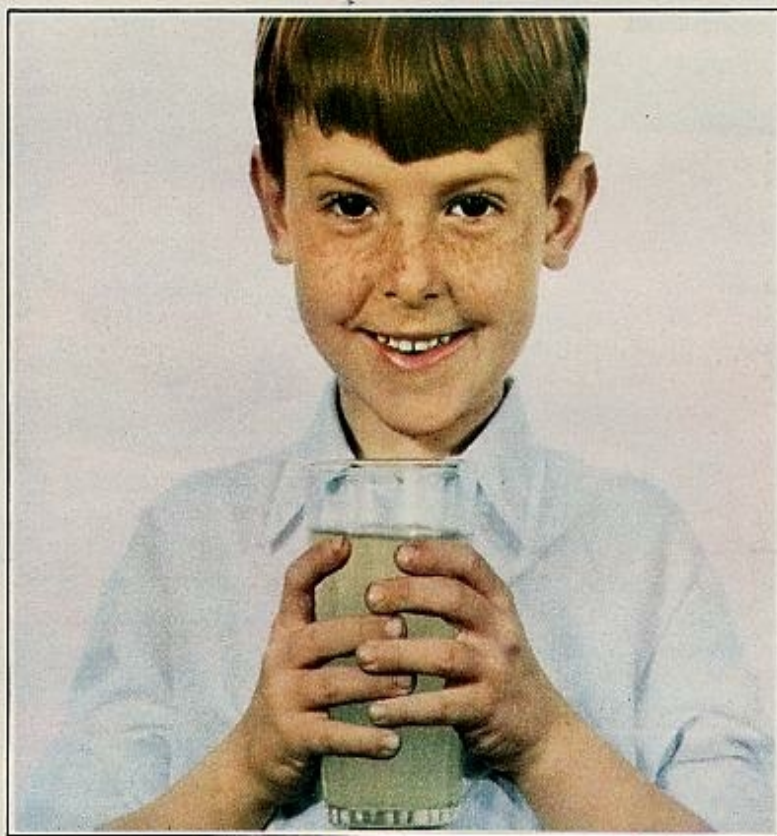


**EL CUERPO SE AFIRMA
CON EL TATUAJE.
AUN UTILIZADO
COMO CONJURO, ES
PRIMORDIALMENTE ESTETICO**





tengo TRES "sabores caseros" donde elegir



yo elijo LIMON Casera

La Casera

ES UNICA

GASEOSA • NARANJA • LIMON

Tres sabores de La Casera para complacer los gustos de toda la familia: gaseosa, para tomarla sola o con vino; Naranja y Limón, como delicioso refresco a cualquier hora del día.

Sabores "caseros" tan gratos, tan de confianza, tan familiares... sabores de La Casera.



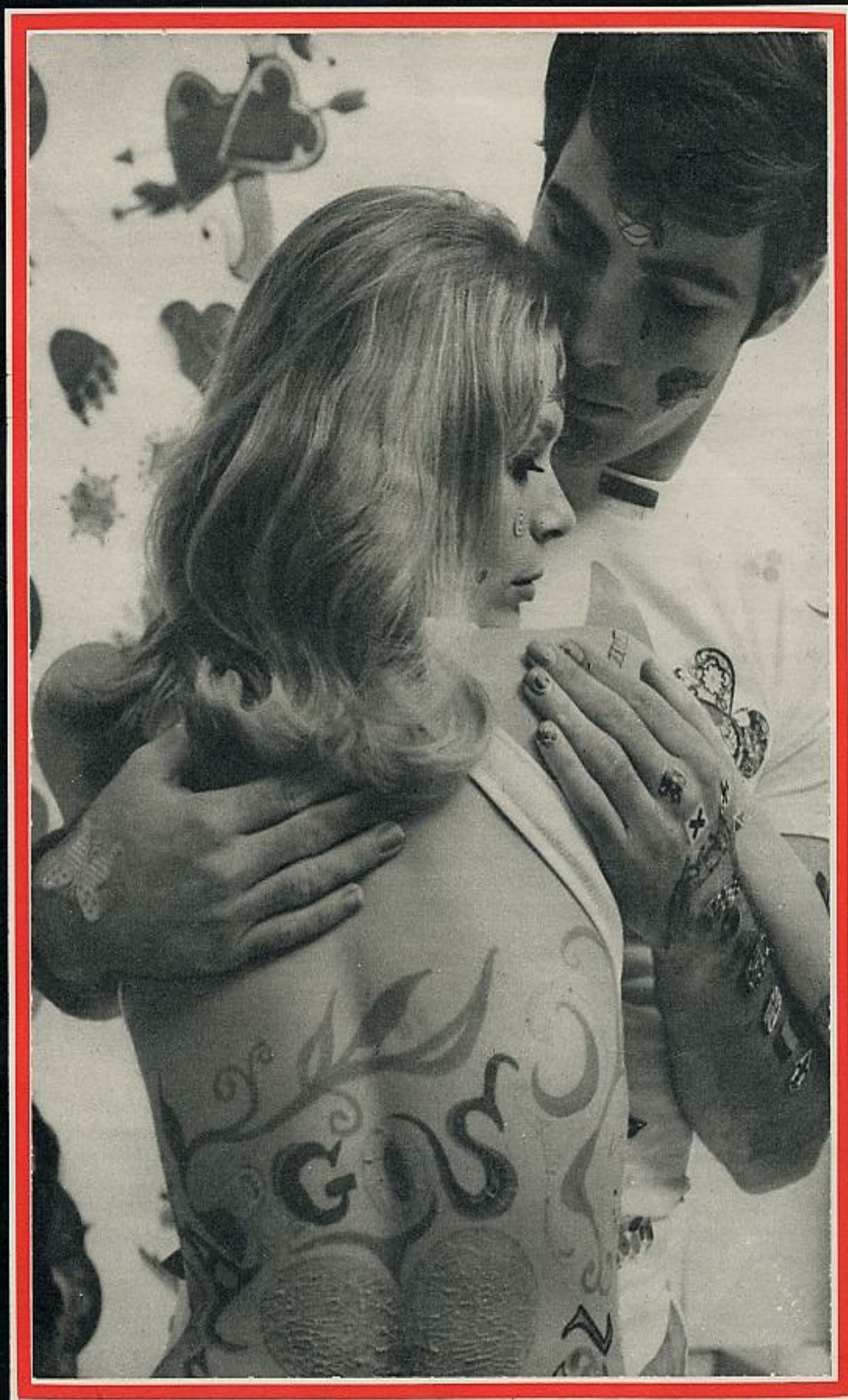
la masificación del reclamo, la experiencia personal de la protesta. Los hippies han popularizado la imagen de esa pacífica repulsa. Han sido los primeros, en nuestros días, en valorar el cuerpo en función de una actitud de rechazo. Han prendido las flores en sus cabellos, han dejado que éstos crecieran libremente, han buscado el contacto de la Naturaleza, han huido de la presión de unas determinadas formas sociales. Quizá todo esto pueda parecer excesivamente ingenuo y, con toda probabilidad, lo sea, pero no deja de comportar una cierta actitud a tener en cuenta.

Ellos han sacado del desván de los trastos usados la palabra LOVE, así, con mayúsculas, y la han erigido en motor de su actividad. Y, de repente, esas cuatro letras han perdido su rígida textura, se han flexibilizado, han adquirido unos rasgos curvos, unos perfiles coloreados. La palabra LOVE ha tomado una nueva dimensión al inscribirse en las frentes, rostros, piernas y otras partes del cuerpo normalmente expuestas. En un momento, se ha podido pensar que habíamos vuelto al primitivo sentimiento mágico y consolador que encerraba el tatuaje.

Porque de tatuaje se trata. En nuestros días. En la dichosa civilización de consumo. Quizá las causas de esta necesidad no sean las expresadas más arriba, aunque podrían ser otras muy parecidas y, desde luego, mucho tiene que ver en todo esto la supremacía de la imagen y del signo gráfico.

Así pues, inauguremos, otra vez, la era del tatuaje. Demos la bienvenida a estos cuerpos decorados como protesta o como afirmación de su propia existencia. Son cuerpos-signos. Pueden ser utilizados también: desde el momento que pueda escribirse algo sobre ellos, son susceptibles de entrar en el engranaje y ser sometidos al valor de intercambio o de reclamo. Por el momento, parecen pacíficos y simplemente estéticos, ya veremos lo que pasa con ellos.

Para estos cuerpos tatuados, contemporáneos nuestros, vale ▶



La habitación,
blanca
e impoluta, se
transforma
en un instante
en un delirio
de formas
y colores. El
tatuaje llega
no sólo
a los cuerpos,
sino
también a
las paredes
y a
los elementos
de la
decoración.
El tatuaje
se ha
convertido en
el principio
ordenador
de este
insólito party.





también el sentido que se les otorgaba en la antigüedad: un deseo de hacer frente a la incertidumbre de la vida. Antes se amparaban en la fuerza del conjuro que residía en el tatuaje. Hoy día, puede ser, se resguardan tras la potencia de un cuerpo que garantiza su subjetividad, una individualidad no anulada por las presiones exteriores.

De todas formas, regresamos a las fuentes, porque en los llamados albores de la Humanidad, el tatuaje empezó sirviendo de simple adorno, aunque más adelante acabara cumpliendo otros objetivos no propiamente estéticos, sino más bien religiosos, ceremoniales, distintivos y jerárquicos. Los pueblos primitivos abrazaban con ansia la costumbre del tatuaje, como la del amuleto, para preservarse contra las hostiles condiciones de la Naturaleza. Defensa. En esos albores, no por primerizos menos peligrosos, se creaba la imperiosa necesidad de resguardarse de

algún acoso exterior, misterioso e inexplicable. En algunas tribus africanas el tatuaje se reservaba para los guerreros más valerosos, justamente encargados de la vigilancia y defensa de la comunidad. El tatuaje les otorgaba la confianza de la tribu. En otros grupos primitivos eran los sacerdotes del culto, los brujos o los magos quienes eran tatuados ceremoniosamente para recibir el poder del poblado contra las amenazas exteriores.

Ahora no hay nada de esto: ¿O hay más de lo que parece? ¿Qué afán puede inducir a nuestros contemporáneos a grabar sobre sus cuerpos determinadas palabras, signos, imágenes...? ¿Qué grado de afirmación, de seguridad puede recibir el cuerpo al sentir grabada sobre la carne determinada inscripción?

Decorar el cuerpo puede ser como decorar la casa: fijar una personalidad, determinar un carácter a través de la elección de unos muebles, de unos colo-

res y de la disposición armónica de los mismos. O, posiblemente, se llegue a más decorando el propio cuerpo: rechazar lo accesorio, conservar lo esencial; elegir entre todas las propuestas posibles, entre todos los signos existentes aquel que ponga entre paréntesis la subjetividad y la preserve de las que van a enfrentarse a ella.

La era del tatuaje ha comenzado. Quizá sea una era muy breve, posiblemente no pase de ser un capricho de la moda, aunque también puede perdurar gracias a los antecedentes que han condicionado su aparición en nuestros días. Los hippies dieron carta de naturaleza al tatuaje amoroso y pacífico; a partir de ellos se ha descubierto la cualidad diferenciadora y simbólica de unos signos que, también, poseen sus atributos estéticos. Por de pronto, el verano 68 se inicia bajo una de las más antiguas y aterradoras costumbres de nuestros antepasados.

